La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la

ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo III — GUATEMALA, 16 DE AGOSTO DE 1890. — Núm. 7

SUMARIO

	Página
LA ACADEMIA Y SUS TAREAS	393
VIAJES POR ESPAÑA, A. Gómez Carrillo	393
UN GRAN BAILE, Juan Fermin Aycinena	399
PROVINCIALISMOS, Antonio Batres Jáuregui	405
TRADUCCION LITTRÉ, Manuel Echeverrìa	407

GUATEMALA:

Tipografìa y Encuadernación "EL MODELO," Calle del Hospital No. 29

1890.

ROSENTHAL E HIJOS.

8a. Calle Oriente, Frente al Sagrario
Sucursal: Portal del Comercio.

Gran surtido de Artículos de Fantasía, Pianos, Muebles, Espejos, Papel de entapizar, Ropa interior, Ferretería, Escribanías, Objetos de tocador, Perfumería y todas las últimas novedades de Europa y Estados Unidos, tanto para adornos en general como para regalos de señoras y caballeros.

DE TAMAÑO PEQUEÑO

PERO DE

RESULTADOS GRANDES

TÓMENSE LAS

Pildoritas Vegetales

DE HOBB,

PARA EL

HIGADO

Y EL

ESTOMAGO

Se consigue la digestion más perfecta con el uso de **Las Pildoritas Vegetales de Hobb. Este remedio maravilloso cura Dolor de Cabeza, Dispepsia, Indigestion, y todas las enfermedades del Higado y del Estómago.**

Los siguientes síntomas resultan de las enfermedades de los órganos digestivos.

Constipación, Dolor de Cabeza Almorranas, Cardialgia, Mal Sabor, Nausea, Estómago Pesado, Lengua Sarrosa, Cútis Amarillo, Dolor de Costado, etc. Las Pildoritas Vegetales de Hobb librarán el sistema de estos y otros muchos desarreglos.

Son pequeñas, cubiertas de azúcar, y por lo mismo es fácil tomarlas. Una sola pildorita basta para la dósis. Son puramente Vegetales.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,

San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

EDUARDO LAUGIER,

AGENTE SOLICITADOR

DE LA

New York Life Insurance Co.,

9a. Avenida Norte No. 30,

GUATEMALA, C. A.

E. GOUBAUD,

Libreria, Papeleria

— Y —

Merceria.

CASA DE CONFIANZA.

El Gran Linimento del Dr. Hobb

PARA USO INTERIOR Y EXTERIOR.

Esta medicina afamada es sin duda el descubrimiento más maravilloso que en el mundo se conoce.

EL SELLO DORADO ó la SÉPTIMA MARAVILLA cura prontamente las siguientes enfermedades: **Dolor de Cabeza, Neuralgia, Dolor de Muelas, Cólico y Dolor de Estómago, de Costado y de los Muslos, Reumatismo, Cólera Morbo, Diarrea, Flujo, Torceduras, Contorsiones, Heridas, Quemaduras, Picaduras de Insectos, Mordeduras de Serpientes Venenosas,** etc.

Las curas se efectuan casi instantáneamente, como por encanto.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,

San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la

ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO III — GUATEMALA, 16 DE AGOSTO DE 1890. — NÚM. 7

LA REVISTA

se publica los días 1 y 16 de cada mes.

Subscripción al año, $3.00.

Números sueltos, 1 real.

Anuncios, á precios convencionales.

Administrador:

BALDOMERO G. SIGUERE,

Gerente de "El Modelo," No. 29, 10a. Calle Poniente, á quien debe dirigirse toda comunicación referente á la administración de "La Revista."

Se venden números sueltos en el "Emporio de Luz."

La Academia y sus tareas.

Deseosos los académicos de sostener, del mejor modo posible, la corporación encargada en Guatemala del cultivo de la lengua, continúan celebrando sesiones los jueves de cada semana en casa del director interino Sr. Echeverría.

El periódico, órgano de la Academia é intérprete de sus aspiraciones levantadas, sigue publicándose con regularidad; y es grato observar que, desde algún tiempo á esta parte, es decir, desde que el Sr. Síguere tomó á su cargo la edición de LA REVISTA, ha venido en aumento el número de los abonados.

La Academia mantiene, como siempre, las relaciones más amistosas con los otros centros hermanos de análogo carácter, y sobre todo con la docta corporación de Madrid, á la que en todo caso rinde el debido homenaje de especial simpatía y de profundo aprecio.

RECUERDOS
de un Viaje por España.

[*Fragmento*]

Como alguna otra vez he dicho, en la publicación de estos apuntamientos no me he ceñido al itinerario que me tracé desde mi ingreso en la Península hasta el fin de mi temporada en ella. Son trozos sueltos, aunque de bastante extensión, los encerrados en estos artículos. Más adelante, cuando con ellos se forme el pequeño volumen que me propongo dar á la luz pública, se encontrarán todos estos materiales metódicamente ordenados. En tal virtud, no se extrañará que, después de hablar de mi

paseo por varias provincias, relate hoy lo que se refiere á mi entrada en España; pero debo advertir que, aunque algunos pasajes de estos artículos hayan sido ya publicados por mí en otros periódicos, los he modificado de tal suerte, enriqueciéndolos con nuevas noticias y dándoles distinta forma, que el lector que tratara de comparar un trabajo con otro, percibiría inmediatamente cuánto difieren entre sí.

Al amanecer del 14 de mayo de 1881, me hallaba ya próximo á dejar la tierra de Francia y penetrar en la de España, en viaje de París á Madrid; á la izquierda contemplaba á Irún y Behobia, á la derecha á Fuenterrabía, en frente el río Bidasoa, y por todos lados graciosas casas de campo, alegres jardines y bien cultivados terrenos; á lo lejos, á la izquierda también, parecíame descubrir la isla de las Conferencias ó de los Faisanes, célebre por el tratado en que, en el siglo XVII, se estipuló el matrimonio de Luis XIV con la infanta de España.

Un momento más, y atravesaba yo, por un largo y bien construido puente de piedra, el río que acabo de citar y que por allí sirve de límite entre ambos países. Una vez en territorio español, busqué con la vista el monte de San Marcial, inmediato á Irún, y en el que 18,000 franceses, con el general Soult á la cabeza, fueron derrotados por los españoles en la reñida batalla del 31 de agosto de 1813.

Dejaba, pues, atrás á Francia, que había recorrido desde el Havre, dándome el gusto de visitar por segunda vez á París, conocer detenidamente á Burdeos, y pasar aunque de un modo rápido, por Poitiers, Angulema y otras poblaciones, como la de San Juan de Luz, á la que acuden en invierno los ingleses, y los españoles en verano, como una no interrumpida sucesión de huéspedes de buen tono; es San Juan de Luz un pintoresco pueblo, que está en la confluencia de tres idiomas: el castellano, el francés y el vasco.

Paró el tren en la estación de Irún, situada á corta distancia del río; y como en ella se hace el registro de los equipajes, y se cambian los coches del ferrocarril, por ser de mayor anchura la vía de España respecto de la de Francia, tienen los viajeros que detenerse allí unos cincuenta ó sesenta minutos, tiempo que ya aproveché en examinar cuanto me rodeaba, ansioso de verlo todo, pues mi presencia en aquel país sólo procedía del ardiente deseo de conocer la patria de mis mayores, el suelo que ha sido teatro de tantas hazañas y testigo de tantos actos de nobleza y generosidad. Quería yo observar el original del retrato con el cual estaba familiarizado, investigando, no sólo los perfiles del exterior, sino también el interior; es decir, el corazón, el alma, el carácter; y no

desdeñaba rasgo alguno de los que pudiesen contribuir al fin propuesto. Marcada diferencia encontré desde luego entre los tipos del pueblo español y los del pueblo francés; aquellos vascongados, celtas por su origen, atraían mis miradas, y al oirlos hablar, ya en castellano, ya en vascuence, al fijarme en sus correctas facciones y en sus proporcionados y vigorosos cuerpos, notables por la elegancia y donosura, experimenté un sentimiento de ardiente simpatía hacia los honrados hijos de la provincia de España en que tenía ya la buena suerte de encontrarme.

Colocados los baúles de los viajeros sobre las largas mesas de un gran salón, efectuaron el registro el director de la aduana y varios de sus empleados. Obligósenos también á exhibir los pasaportes; y cuando el referido director leyó el mío, me lo devolvió de un modo cortés, y me dijo, estrechándome la mano, que se alegraba de ver en la Península á un hijo de la América española, y que apetecía para mí una estancia agradabla en aquella tierra. En lo que hace al examen de mis baúles, debo confesar que apenas fue abierto uno, sin tocar nada del contenido, como si no hubiese habido necesidad de someterme al registro minucioso que en el particular se acostumbra.

Parecióme, y creo no haberme equivocado, que el jefe de la aduana de Irún sabía hermanar la galante cortesanía con la seriedad en el lleno de sus deberes. Las pocas palabras que con él cambié y el modo caballeroso con que respecto de todos procedió en un acto oficial, bastaron á prevenir mi espíritu en su favor, y me hicieron comprender, una vez más, cuán útil es que los gobiernos coloquen en los puertos de mar y en las aduanas de las fronteras funcionarios que por su instrucción y cultura puedan recibir y atender dignamente á los viajeros que llegan á un país.

Entre los individuos que presentaban las llaves de los cofres y valijas para la operación á que acabo de referirme, estaban cuatro vascongados, que habían hecho el viaje conmigo, á bordo del vapor "Saint Laurent," desde Nueva York al Havre. En esa larga travesía me relacioné con ellos lo suficiente para hablarles con cierto grado de confianza sobre los asuntos políticos de España, y complacíame, siempre de un modo amistoso y moderado, en impugnar la causa de D. Carlos, de quien eran partidarios acérrimos. Apenas me descubrieron allí, apresuráronse á saludarme, diciéndome que, después de muy prolongada ausencia, estaban al fin en su patria, con algún capital adquirido en Cuba, y resueltos á no volver á salir de la Península. Eran naturales de Mondragón, á donde pensaban dirigirse por Zumárraga; de suerte que irían conmigo

en el tren hasta ese último lugar, de la misma provincia de Guipúzcoa. El buen humor en que yo estaba al verme en aquel país me arrastró á no economizar bromas con aquellos sujetos, á expensas de la causa del Pretendiente. Mis interlocutores, radiantes de júbilo al respirar el aura embalsamada de sus montañas queridas, soportaban pacientemente mis ataques, limitándose á darme una ú otra respuesta.—"Después de descansar en Mondragón, (les decía yo) deben Uds. ir á Madrid, á postrarse ante el alcázar en que vive el rey legítimo y constitucional, y luego hacer otro tanto delante del palacio de Serrano y de las casas de Quesada y Martínez Campos, valientes jefes del ejército que derrotó las huestes del tradicionalismo."—"Dios libre á Martínez Campos y á Quesada de encontrarse con nosotros, (replicaba uno de ellos) porque no les aseguramos las ganancias; y en lo que á Serrano toca, debe Ud. saber que fue un intruso cuando estuvo como regente del reino."—"Vayan Uds. á Logroño; (añadí) en una pequeña plaza de esa ciudad, en frente de un convento ennegrecido por los años, existe una casa que inspira profundo respeto al transeunte; allí vivió un capitán general de los ejércitos nacionales, un español ilustre, que ganó con la espada en la mano los títulos con que la historia recuerda su nombre venerando . . . . el general Espartero, el del abrazo de Vergara." Había yo tocado la más delicada fibra de mis compañeros de viaje, y entonces uno de ellos me dijo: "Venga Ud. á nuestro pueblo, y verá que, no obstante la diversidad de criterio político, sabemos recibir al caballero y obsequiar al hombre honrado."—"Bien puede Ud. ser más demócrata que Ruiz Zorrilla, (me decía otro) no por eso dejará de ser atendido en nuestro modesto albergue; háganos Ud. la justicia de creer que en nuestros pechos no caben sentimientos mezquinos, y para los que nos honran con sus visitas no nos falta jamás una taza de chocolate y un pedazo de borona,* pescado fresco y castañas asadas." Diles las gracias por su galante y sincero ofrecimiento, y seguí soltando algunas chanzas contra sus trasnochadas ideas políticas y sus insípidos y candorosos programas de gobierno, cuando de tan sabrosa plática nos apartó el conductor que gritaba: "señores viajeros, al tren; señores viajeros, al tren." Diéronme la mano en señal de despedida, y me dijeron que al parar en Zumárraga nos veríamos por última vez. Los dejé partir, sin preguntarles por qué no íbamos juntos en el mismo coche, pues al disponerme á interrogarlos en ese sentido, advertí que estaban ya provistos de billetes de tercera clase; lo que no pudo menos de sorprenderme, imaginándo-

* Pan de maíz.

me que debían viajar más cómodamente los que cuentan con algunos fondos; es decir, los que no están en el último grado de la pobreza. Poco á poco fui saliendo de mi error; las gentes de los pequeños pueblos acuden por lo común á los coches de la tercera clase, sin exceptuarse de esa práctica los aldeanos acaudalados, con todo y sus humos aristocráticos.

Púsose en movimiento el tren, y yo me entregué á la contemplación del camino, de los campos y montes, de los lugares en que íbamos tocando, de las personas de uno y otro sexo que veía, de los elegantes soldados de la guardia civil, que de trecho en trecho y de dos en dos estaban apostados en la ruta, para seguridad de los viandantes; en una palabra, de todo lo que pudiera ofrecerme algún interés.

Sabía yo por la geografía, y comencé entonces á confirmarme en ello por mis propios ojos, que España es un montañoso país, con valles de gran fertilidad, con bien regadas huertas, como la de Valencia, y con caudalosos ríos que cruzan el territorio, como el Ebro, el Duero, el Tajo y otros más.

Viñedos excelentes, aunque no en las provincias vascongadas, y que producen los famosos vinos españoles; ricos olivares, mármoles, minas de mercurio, de estaño, hierro y plomo; ganado en gran cantidad, particularmente el llamado merino; importantes industrias, como la metalurgia, los tejidos de seda, las telas de lana, la fabricación de armas de fuego y armas blancas, la de espejos, etc., etc., etc., ofrecen á España los medios de vivir, desenvolverse y prosperar.

No hay que empeñarse en buscar allí un genio ó índole común en los individuos, una fisonomía uniforme en las gentes. País sucesivamente ocupado por diversos pueblos, desde los iberos y los celtas, los fenicios y los griegos, los cartaginoses y romanos, hasta los suevos, los visigodos, los árabes y moros, natural es que de todas esas razas ofrezca en su suelo, por uno y otro lado, testimonios visibles, recuerdos patentes.

Refiriéndose el escritor español Adolfo Llanos á los Estados Unidos de América, dice que es ese un pueblo grande. No puedo yo hacer igual afirmación respecto de España, después de las vicisitudes por ella sufridas; pero cabe muy bien decir que es un gran pueblo, y así lo reconocen todos los que, libres del influjo de la pasión que no deja ver claramente la verdad, están en aptitud de fallar con acierto en materia de tanta importancia. La expulsión de los judíos y de los moros, el odioso tribunal del Santo Oficio, las emigraciones á América y las guerras interminables en que se ha comprometido España, son las causas principales de la pérdida de su poderío y de los escasos progresos

por ella realizados en los últimos tiempos. Sin embargo, lo que, afortunadamente, no le ha podido arrebatar el infortunio y que constituye un rico tesoro, es la honradez, que forma el fondo del carácter de sus hijos: es la hidalguía, noble sentimiento, tan desarrollado, que á veces conduce á extravíos sensibles; es la virilidad, que no permite al español sufrir humillaciones; el ánimo esforzado, que tan respetable lo hace por doquiera, y el afán de socorrer al que se halla en desgracia. No está, por dicha, materializado aquel pueblo, no rinde culto al vil metal, ni coloca el sórdido interés por encima de todo lo grande; pero tampoco da pruebas de poseer el sentido práctico que se requiere para resolver el problema difícil del progreso. Se da por satisfecho cuando tiene lo necesario para vivir, sin agitarse por ir en pos de la riqueza; y en su lirismo, si puedo hablar así, en el medio ambiente que le trae su poética y soñadora imaginación meridional, mira poco al porvenir, por más que no se encastille del todo en el presente. La región catalana no obedece á la regla común; el movimiento industrial y el ansia de los negocios productivos son allí poderosos agentes del adelanto, y la laboriosidad de los catalanes tiene que contribuir al bien de las demás partes del país. La política, ocupación predilecta de los españoles, les roba un tiempo que pudieran consagrar á promover el mejoramiento material, principio y raíz del progreso en sus aspectos varios. La literatura, floreciente en la Península como en cualquier nación de Europa, hace honor á la patria de Cervantes; pero su cultivo en tan vasta escala no puede menos de serle dañoso; y el día en que haya menos literatos, habrá más abundancia de recursos para conseguir la robustez de nacionalidad tan digna de próspera suerte.

Tales son en brevísima síntesis las ideas que sobre los indicados puntos profesaba yo respecto de España, y al encontrarme en su suelo me apliqué á escudriñar su modo de sér, entrevisto por mí á la pálida luz de los libros de historia y geografía. Mi asidua investigación me demostró que no estaba engañado, como en el curso de este estudio trataré de demostrarlo, y vino á añadir algunos conocimientos á los no muy amplios de que sobre el particular era ya poseedor.

Al recorrer el territorio de la Península en mi viaje desde Irún á Madrid, despertábanse en mi mente los más gratos recuerdos históricos, y me parecía ver en cada soldado uno de los héroes que de ese país llevó el cartaginés Aníbal á pelear y triunfar en Cannas y Trasimeno; en cada jefe del ejército un Viriato ó un Gonzalo de Córdoba; en cada oficial un Daoiz ó un Velarde, y en cada hombre del campo uno de los valientes que

en este mismo siglo acabaron con las orgullosas legiones francesas que en otras partes de Europa se habían antes mostrado invencibles. Es que no soy de los que escatiman á España sus bien ganados lauros, y esos lauros fundan títulos de honor para los que á su ilustre raza nos ufanamos de pertenecer. Había una razón más para que yo simpatizase con aquel pueblo, y es la cadenciosa nota del afecto hacia los americanos, que en mi oído constantemente vibraba en aquella tierra, y que me tenía tan satisfecho como pudiera estarlo quien, después de mucho suspirar y agitarse por el acariciado ideal, estrecha en sus brazos el objeto amado, y se confunde con él en las efusiones del amor correspondido, en los dulces coloquios de embriagadora ternura.

La terrible lucha de ocho siglos, sostenida en ese país contra los agarenos, se me representaba en todos sus principales episodios al contemplar los campos y collados de Castilla la Vieja, en la que penetré al salir de la provincia de Alava. El arrojo de los hijos de España cuando con los infieles se batían, dominaba mi espíritu al verme en el teatro de tan prodigiosos hechos; y la creencia en que el hispano lidiador estaba de que Santiago apóstol, arrogante jinete en fogoso corcel, acudía á auxiliarlo con su implacable espada, era para mí una memoria que no podía menos de evocar al retroceder con la imaginación á los tiempos en que la fe armaba el brazo de los irresistibles cristianos.

[Se continuará.]

Guatemala: 6 de agosto de 1890.

A. Gómez Carrillo.

Un gran baile.

Siempre hemos oido quejarse á las gentes de que aquí no hay espíritu público, lo que creemos equivale á decir que no hay animación, que no hay entusiasmo.

Es cierto que son poquísimos los acontecimientos que tengan la virtud de conmover á los tranquilos y apáticos habitantes de la que fue *muy noble* y *muy leal*, y hoy es, como siempre, muy quieta y muy pacífica ciudad de Guatemala.

Entre los poquísimos sucesos que tengan esa virtud, que bien pudiera llamarse fluido electro-magnético, quizás ocupa el primer lugar un baile; pero no cualquier baile, sino lo que se llama *un gran baile*.

La grandeza de estas diverciones no consiste en otra cosa que en el gran número de personas invitadas, y en el gran boato que se procura desplegar, así por los dueños de la fiesta, como por los que tienen el honor de asistir á ella.

Desde luego debe suponerse que un gran baile en esta tierra no será ni como los que se dan en París, en Londres ó en Madrid, porque todo es relativo, y aquí propiamente hablando, no puede llamarse grande sino los aguaceros torrenciales con que nos favorece el cielo todos los años, y que creo superan á los que caen en todo el universo mundo.

Es de notarse también que no sin razón un gran baile tiene aquí la virtud de levantar el soñoliento espíritu público, porque, aparte de que hace poner en movimiento, semejante á los terremotos, á

casi toda la ciudad, suele ser tan raro como los cometas, que solo se dejan ver muy de tarde en tarde.

Aquí donde, según decía D. Hermógenes, "nadie escribe, ni nadie lee, ni nadie pasea, ni nadie da bailes, ni nadie hace nada," no deja sin embargo de haber con cualquier pretesto alguno que otro bailecito, alguna *cenita de confianza*, algún *ponchito*, algún *té danzante*, ó como se le quiera llamar, que todo viene á ser lo mismo; pero un gran baile, ¡oh! un gran baile solo se ve en ciertos y muy determinados casos; es preciso que sobrevenga un acontecimiento muy trascendental, de esos que cambian en cierto modo la faz de una familia, como por ejemplo, la boda de alguno ó de alguna de los hijos ó hijas de un acaudalado comerciante ó de un opulento hacendado.

Hace ya muchos años sucedió que desde por el mes de enero comenzó á dejarse oír un vago rumor, que poco á poco se fue extendiendo por todos los círculos sociales. No entraba uno á cualquiera casa, sin que al momento le dijesen: "¿Sabes la gran novedad?—Cual? que ha bajado el precio del café? que el chapulín está en Honduras? que Napoleón ha declarado la guerra al Czar de Rusia?.... —No, no es nada de eso; qué nos importan esas noticias? La novedad que hay es que parece que al fin se ha decidido D. Críspulo á casarse.—Y quién es la dichosa? porque ha tenido más de una docena de novias, y hace lo menos veinte años que está diciendo que se casa, y nunca se decide!—Pues ahora parece que es de veras; se casa con la Aniceta; y según yo sé de buena tinta, habrá gran baile.—Y cuando es la boda?—No han fijado el día; D. Críspulo ha pedido las donas á París, y no podrán venir antes de cinco ó seis meses. Creo que serán magníficas; habrá *fiestas reales*, convidarán á todo Guatemala.

Los comentarios que hacían sobre la proyectada boda, sacando á colación la edad de los novios, que en ella frisaba en los treinta y en él pasaba de los cincuenta y cinco; y todo lo demás que se decía en la plaza, en las tiendas y en todas partes donde se juntaban dos ó más personas, no es para contarse.

Veíase un movimiento inusitado. Los comerciantes sacudían sus polvorosas y trasnochadas telas. Multitud de Mercurios femeninos, vulgo *criadas de adentro*, sin alas en los pies ni en la cabeza, como el mensajero de los dioses, pero con mucha picardía en todo el cuerpo, iban de tienda en tienda, poniendo á sus amas como un San Bartolomé, y cruzaban las calles con sendos *tanates* de piezas de diferentes clases de géneros, grandes cajas con vestidos hechos en París, flecos, adornos, cintas, encajes, etc., etc. En fin, todo era animación y movimiento; un *hervir vividor* bullía por todas partes.

A fines de junio se supo que estaban ya en el Puerto de Istapa las esperadas donas. Se mandaron traer en un tren de carros especial, y afortunadamente no tardaron más que doce días y medio en llegar á la Aduana de esta ciudad, cosa que en aquel tiempo se consideró un prodigio.

Estando listo lo principal, se fijó el día de la boda, calculando que fuese en la Canícula, que según el almanaque es tiempo cálido y seco; porque aunque la casa de la novia, donde se celebraría la fiesta, era más que mediana, no tenía un salón capaz de contener el mundo de gente que había de concurrir, y era indispensable entablar y entoldar el patio, á guisa de tienda de campaña, cuya techumbre, si defendía del sereno, no podía librar á la gente de salir como sanates mojados en caso de que cayera un chaparrón de padre y muy señor mío.

La esquela de invitación, en papel marginado con labores pintorescas, sin que

faltaran las dos palomitas besándose, concebida en los términos de estilo, fue llegando á la mayor parte de las familias, con la anticipación necesaria para que pudiesen preparar sus *tualetas* conforme al último figurín, las señoras y señoritas que habían de tomar parte activa ó pasiva en el gran baile.

Por de contado creció la animación, menudeó el ir y venir de las mandaderas, todas las modistas de la ciudad tuvieron qué hacer, hubo lágrimas, mesaduras de cabellos y hasta intrigas de parte de algunas damas, quienes por inadvertencia ú olvido de los invitantes, ó por torpeza ó descuido de los porteros que repartían las esquelas, no habían recibido la que aguardaban como agua de mayo.

Entre tanto se hacían los preparativos en la casa de la novia, donde había de tener lugar la ceremonia del casamiento, y acto contínuo el gran baile. D. Críspulo opinaba que eso de que una señorita soltera, aunque sea ya novia, salga de su casa para ir á casarse á casa del novio, no deja de ser una impropiedad, porque es como si ella fuese en busca de él, y "no son ellas, decía, las que deben buscarnos á nosotros, sino nosotros á ellas."

Un regimiento de carpinteros, pintores, tapiceros, etc., etc., había tomado por asalto y puesto como nueva, en menos de cuatro meses, la morada que en breve había de ser teatro de las más poéticas y graciosas escenas. Aunque el amueblado de la casa no era malo, para un gran baile se necesitaba aumentarlo considerablemente; y como no valía la pena comprar lo que no iba á servir más que una noche y tampoco había entonces quien alquilase muebles que no fueran detestables, hubo de acudirse á los vecinos y amigos.

Decorada la casa con cuanto de más lujoso pudo haberse á mano, de las de los numerosos parientes y amigos de uno y otro de los futuros cónyuges, no hay para qué decir que quedó como un palacio encantado. Espejos magníficos, arañas de cristal y candelabros preciosísimos, sofás, otomanas, confidentes, consolas, veladores etc., etc. El salón de baile estaba en una mitad del patio, entablado á nivel del corredor, cubierto con el manteado del Córpus de Santo Domingo, llamado vulgarmente *ciento piés*, y adornado con sendas cortinas de bandana tinta, con su fleco de papel dorado. El suelo de tablas no muy bien acepilladas ni unidas, estaba forrado de rusia y regado de lentejuelas de latón. En uno de los corredores se improvisó el comedor; pero siendo aquel muy angosto, se construyó la mesa dejando en medio de ella los pilares, que revestidos de madapolán blanco y festoneados con yedra y colación presentaban un aspecto elegante sin otro inconveniente que el de interceptar la vista mútua á los cenadores á quienes tocó sentarse *vis á vis*, pilar de por medio.

Llegó pues el día, ó más bien la noche de las bodas. Desde la oración comenzó á llenarse la calle de toda clase de gente no invitada, que por la puerta y ventanas abiertas de par en par, podía á su sabor y sin más molestia que estar en pié, sufriendo algunos machucones y el sereno y la lluvia que pudiera descolgarse más tarde, disfrutar del espléndido espectáculo que á sus atónitas miradas se ofrecía.

En cuanto á la gente *llamada* y *escogida*, no comenzó á llegar sino hasta las nueve. Afortunadamente la noche estaba estrellada; sin embargo, numerosos carruages, entre propios, prestados y alquilados, incluso el monumental *forlón* de la Beleche, rodaban más ó menos sorda y pesadamente sobre los no nada parejos empedrados de las calles, conduciendo á las interesantísimas beldades, cuyos lujosos y elegantes trajes llamaron la atención extraordinariamente.

El novio, que por razón de oficio, esa noche tenía que dar mil y más vueltas y atender á todo, lo cual era material y mo-

ralmente imposible, pues es bien sabido que no se puede repicar y andar en la procesión, suplicó á varios de sus amigos, entre los que tuve la dicha de contarme, que le ayudásemos á hacer los honores de la casa, recibir á las señoras é introducirlas al salón, etc. etc. Con ese motivo, á las 8 en punto estaba yo en mi puesto.

Todos sabemos que aquí hay la costumbre de que en el zaguán de una casa donde se dá un baile, se sitúen varios domésticos encargados de recoger los abrigos de las damas, y los sobretodos y sombreros de los caballeros, poniéndoles un número y dando otro igual á sus respectivos dueños. Costumbre utilísima, sino fuera porque á la hora de salir no se encuentra un sólo doméstico que tenga la cabeza en aptitud de reconocer las prendas de cada *quisque*, no digo por sólo el número de orden, ni aunque tuvieran un rótulo con letras tan gordas como las que se ven en las puertas de muchas tiendas. Hay quien asegura que en Europa no hay semejante costumbre, sino que cada individuo que asiste á un baile tiene que ver donde mete aquellas prendas, y que los hombres andan toda la noche con el sombrero bajo el brazo, (que para eso se inventó el de resortes, digo el sombrero, no el brazo). No he de meterme ahora á disputar sobre cual de las dos costumbres sea mejor ó peor; solo aconsejaré á mis amigos que no lleven sobretodo ni sombrero en buen estado de servicio á ningún gran baile, pues se exponen á no volver á juntarse con ellos en los días de su vida.

El novio que, como ya he dicho, había visto pasar los azacuanes de ida y vuelta más de cincuenta veces, era miembro del cuerpo diplomático. Hacía algunos años que estaba nombrado secretario de una de las legaciones de la República; pero no había querido, antes de casarse, ir á tomar posesión de su honroso y no muy lucrativo empleo.

Discurrió, sin embargo, mandarse hacer un uniforme que se estrenó esa noche, y estaba vestido de casaca azul bordada de oro, chaleco y corbata blancos, calzón corto, medias de seda, y zapatos con hevillas de oro, en fin, hecho un brazo de mar. Convidó por supuesto á los altos poderes del Estado y á todo el cuerpo diplomático, cuyos miembros asistieron también de uniforme, y algunos de calzón corto, y con el pecho sembrado de cruces y medallas.

Confieso ingenuamente que, por falta de conocimientos en la materia, no me atrevo á describir el lujosísimo y elegantísimo traje con que estaba ataviada la novia, si bien no dejó de haber críticos tan severos, especialmente de los de su mismo sexo, como que "no hay peor cuña que la del mismo palo," que notaron demasiado recargo en los adornos, poca gracia en los pliegues, algo de mal gusto en el peinado, en fin, que no le dejaron hueso sano. Solo diré que la concurrencia de la calle declaró que estaba como una *ráina*.

A eso de las diez y cuando casi no cabía ya la gente en la sala, apesar de que no habían llegado ni las dos terceras partes, tuvo lugar la augusta é imponente ceremonia religiosa, no sin que algunos murmurasen por allí que les parecía la cosa más impropia que la efigie del Dios crucificado estuviese, como caída del cielo y sobre una mesa pelada, como un objeto que no estaba en su lugar, ni había de servir más que un instante; y que la novia con vestido escotado y adornada como para ir á una fiesta profana, se presentase á recibir un sacramento que el Apóstol llamó grande; y en fin, que no creían decoroso que se administrasen los sacramentos ante un concurso que, ni prestaba mucha atención religiosa, ni deseaba sino que se acabara pronto la ceremonia para romper el baile.

Dejando nosotros todo comentario so-

bre materias que no nos incumbe tratar, diremos que concluido el casamiento, arrinconado el santo Crucifijo, y retirados sacerdote y acólitos, prorrumpió la orquesta en una sinfonía de Beethowen. Un *dandy* de los más almibarados y peripuestos fue á invitar á una señorita para bailar aquel *valsecito*. La invitada se excusó diciendo picarescamente que no sabía bailar sinfonías.

Entre tanto, varios domésticos, en traje de gala ó de ir á misa, ó digámoslo en lenguaje neto, con sus trapitos limpios, ofrecían copas de helados, barquillos, bizcochos, etc., etc. En seguida se bailó la *cuadrilla de honor*, en la que solo pudieron tomar parte catorce ó diez y seis parejas, que las formaban los novios, *in primo cápite*, las señoras mayores y los hombres más preeminentes por su elevada posición social, no sin gran disgusto de las pollitas y pollos roncos, que rabiaban por zapatear y taconear, y que tuvieron que resignarse á esperar que concluyesen los antediluvianos y no nada ligeros bailarines.

En fin, le llegó su turno á la ardorosa y entusiasmada juventud. Y . . . . allí fue Troya! Un vals brillantísimo y rapidísimo puso en eléctrico movimiento con una fuerza de diez mil caballos de vapor ó de once mil demonios, á las tres quintas partes de la numerosísima concurrencia. ¡Qué confusión, qué remolino, qué barullo! Todos querían bailar al mismo tiempo; pero ¡imposible! la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley inexorable; y si bien Salomé Jil pudo descubrir una excepción de ella en la plaza de toros los martes de carnaval, creo que tal fenómeno solo puede tener lugar cuando los cuerpos están parados, y no cuando se mueven al mismo tiempo como en este baile. Lo cierto del caso es que allí hubo estrujones, machucones, pisotones, rompimiento de colas; volaban plumas, se desataban cintas, se desprendían encajes, y más de una docena de señoritas tuvieron que acudir al tocador á reparar las averías causadas por aquel *alegrísimo* y desencadenado huracán.

Sin embargo, la animación no cesaba; al contrario, siguiendo la ley de progreso ciego é indefinido, crecía, crecía, crecía por momentos; y se bailaba con frenesí, polka tras vals y redowa tras mazurka; hasta que, cansado el cielo de estar tranquilo cuando tanta bulla metían en un rincón de la tierra, se le antojó romper sus cataratas y echar encima del pobre D Críspulo y de todos sus alegres convidados los más descomunales aguaceros que puedan imaginarse. No es menester decir que un zafarrancho general se hizo en menos que canta un gallo.

Todo el ejército de músicos y danzantes, en completa derrota y en dispersión huyó á refugiarse bajo techo menos sutil que el de mantalón. Sin embargo, por más veloz que fue la retirada, cuanto lo permitió el atropellamiento y confusión, no escaparon de mojarse los bailarines, y muchos ricos trajes quedaron estropeadísimos y echados á perder.

Los filarmónicos, sobre todo, que estaban encaramados en una semi-covacha de hojas de pacaya construida en lo alto de la azotea, tardaron en ponerse en salvo y sufrieron más de lleno las consecuencias del inesperado chubasco, quedando los instrumentos algún tanto averiados. Al violón se le reventaron dos cuerdas y se le rompió la perilla.

No se usaba por entonces lo que hoy llaman *buffet*, palabra gabacha que significa según los diccionarios, armario, alacena, aparador; y con la cual designan hoy á cualquiera mesa en que colocan botellas de vinos y licores, pastas, dulces, etc., y á donde los caballeros acostumbran conducir á las damas para obsequiarlas; sino que los criados llevaban grandes azafates con copas llenas de vino, y circulaban por la sala de baile, ofre-

ciendo á los convidados; costumbre impropia, pues había el peligro de que un codazo de algún entusiasmado bailarín hiciese bailar por el aire el azafate con todo y copas, lo que más de una vez ha sucedido, dañando lastimosamente los trajes de las señoras.

Las dos de la mañana serían cuando se anunció que ya estaba la cena. Afortunadamente había escampado; pero como media mesa quedaba bajo el manteado, y éste no cesaba de escurrir como un gran colador, se dispuso colocar á las señoras del lado contrario, hasta donde alcanzaron los asientos, y muchos caballeros, con paraguas abierto, se sentaron enfrente, lo cual ofrecía por cierto un espectáculo pintoresco.

Excusado me parece decir que el ambigú fue espléndido, que se componía de los manjares más suculentos y exquisitos; que hubo hasta *carrera* de pescado fresco, con lo cual está dicho todo.

Para conocimiento de alguien que lo ignore y quiera saberlo, me permitiré decir, que para poder en aquel tiempo servir pescado fresco en una fiesta, era preciso encargarlo exprofeso y con mucha anticipación y no poco gasto; que la víspera se verificaba la pesca en el mar; que en seguida abrían por medio los pescados y rellenos con pedazos de limón los colocaban en unos *taperquitos* de cañas, en forma de jaula, que acomodaba un mozo en la albarda de su caballo, y montando echaba á correr á escape toda la noche, cambiando tres ó cuatro caballos preparados en diferentes puntos; y que así llegaba el pescado en ocho ó diez horas, fresco, aunque algún tanto molido. Pero, ¿qué fiesta podía antes ser espléndida, si no había *carrera* de pescado fresco?

La animación, la alegría, el buen humor tomaron mayor incremento con los pentales de jamón, *chumpipe* y demás volátiles y cuadrúpedos que en diferentes guisos, y rociados con el espirituoso Jerez, el suave Málaga y el espumoso Champaña, fueron entrando á refocilar los ya necesitados y algo desfallecidos estómagos de los ilustres senadores y senadores de aquel soberano congreso *bucólico-danzante*. Solo un señorón que había sido empleado de la Real Hacienda y que no pasaba por las costumbres modernas, se resistió á capa y espada á probar el champaña, diciendo que "no le cuadraban las bebidas que hervían sin fuego."

Hubo por supuesto, brindis más ó menos elocuentes, de felicitación á los novios; pero entre tanto júbilo y alegría, sucedió un caso deplorable. Don Críspulo, que naturalmente ocupaba el puesto de honor en el centro de la mesa, junto á su recién *comprada* costilla, tocó á silencio golpeando su copa con una cuchara, se puso en pie, tosió y pronunció, no sin algunos titubeos y pujos, un sentimental y poético discurso que había preparado y estudiado al efecto. Fue aplaudidísimo como tenía que serlo; más, he aquí que al querer sentarse de nuevo el orador, no encontró punto de apoyo, y cayó á plomo, sufriendo un terrible *sumpancazo;* y no fue eso lo peor, sino que el sacudimiento aflojó sin duda los resortes de su peluca, que salió volando hacia un lado, y dejó al descubierto la más hermosa luna llena, en la rapadísima calva del bueno de D. Críspulo. La torpeza ó malicia de un criado fue causa ocasional de tan trágico percance, por haber retirado la silla, sin que lo advirtiera mi desventurado amigo.

Levantarse éste, recoger su enmarañada y empolvada peluca, y meterse en el primer cuarto que halló abierto, fue obra de un instante; pero no pudo dejar de ser visto por la mayor parte de los convidados. ¡Qué apuro el de éstos para contener la risa! La infeliz Aniceta cambió de colores, tuvo crispatura de nervios, sintió la muerte, sin poder disimular la

vergüenza, la cólera, y . . . . yo no sé en que hubiera parado aquello, si no es que un mal poeta tuvo la felicísima ocurrencia de encaramarse en una silla y desembuchar el más disparatado epitalamio que haya producido la calenturienta mollera de un desheredado hijo de las Musas. En efecto, un estallido general de aplausos, silbidos y risotadas cortó el hilo de los mal hilvanados versos, levantándose de la mesa los convidados, entre los cuales pudo ya confundirse D. Críspulo, tan acicalado como antes, y sin que nadie se permitiese hacer alusión al percance de la peluca.

Siguióse la segunda mesa, á la cual, además de algunos que acostumbran reiterar la cena, nos sentamos todos los que pudimos caber. Ya se sabe que la segunda mesa de un gran baile es una verdadera campaña. Si la primera se sirve mal y como Dios quiere, en la segunda ya no hay quien sirva. Cada uno debe procurar embestir como pueda á los platos que han quedado. Todo es arrebato, confusión, desorden, un verdadero campo de Agramante.

Eran las cinco de la mañana. Muchos querían retirarse, y en efecto se despidieron de la casa, pero ¡imposible salir! No hubo forma de averiguar quien había tenido la ocurrencia de echar llave á la puerta de la calle, siguiendo la malditísima costumbre de encerrar á los convidados. Al fin pareció la llave, y deshaciéndose en cumplimientos y felicitaciones, fueron saliendo los que allí mismo no habían cesado de murmurar de todo y de poner de vuelta y media á quien, por vanidad ó por lo que se quiera había trabajado y gastado su dinero para proporcionarles un rato de solaz y de expansión. Pero así es el mundo, así es la sociedad, y así seguirá siendo hasta la consumación de los siglos.

JUAN FERMIN AYCINENA.

1879.

COLECCION

de voces y locuciones viciosas y provinciales, que se usan en Guatemala, escrita en orden alfabético por

ANTONIO BATRES JÁUREGUI.

[Continuación]

Moscadero.

Myristica sebifera, se cría en la zona caliente, que llamamos *boca-costa*. Produce ese hermoso árbol buena madera y cera vegetal.

Moscarrón.

Así decimos; debiendo ser *moscardón* ó *moscón*, que son las voces autorizadas hoy por el uso en España y por el diccionario de la Academia; si bien en lo antiguo debió de usarse *moscarrón*, pues así escribió Herrera en la "Agricultura General" (libro VI, Agosto).

Es de notar que muchas voces que hoy aparecen como provincialismos, nos han venido de España, en donde cayeron en desuso.

Montón.

En esta frase "*Decir un montón*," que significa "hartar á injurias," consideramos que existe un provincialismo. En una carta escrita por una criada, leemos: "Mi querido niño Chico: Recibí suapresiable de hayer y tuavía me dura el gusto de aberlo bisto. Ande que el domingo me junté en los toros con la chucana de la Rufina y me dijo hun *montón*. que no fuera tonta que U. lo que quería era jugar con Migo y que como se había de casar un chancletudo con una de naguas y otras picardías." [Salomé Jil.—Cuadros de costumbres, pag. 169, to. 2o.]

Monis.

Significa en castellano: "unos dulces parecidos á los *melindres* y también cosa pequeña ó pulida." No se diga, pues, *no tener monis*, por no tener dinero: eso es "no tener *monises*."

Movido.

Al que no es ágil, al que es encogido, le llamamos nosotros *movido*, no sabemos por qué.

Muchila.

Es mochila.

Mudada.

A una *muda* de ropa, dícenle todos una *mudada*, aquí en Guatemala.

Muey.

Es *muelle*.

Mujerero.

El que gusta mucho de mujeres es *mujeriego*, en castellano, y no *mujerero* como decimos generalmente por acá.

Mujerón.

Es *mujerona, mujeronaza.*

Mula.

"Montar una mula" significa por acá encolerizarse. Nosotros no decimos como los galiparlistas *monter en colère, montar en cólera*, sino montar mula, que es más natural si se trata de montar algo.

Mulatas.

Son unas flores de variados matices.

Muribundo.

Así dice la gente vulgar, por *moribundo*.

Musculación.

El conjunto y disposición de los músculos es *musculatura*, y no como decimos en Guatemala, *musculación.*

Muchisísimo.

No faltan gentes exajeradas, que así quieran aumentar más el aumentativo *muchísimo.* Ni es esto extraño, cuando vemos que algunos se subscriben *muy afectísimos.*

En Méjico dicen también *muchisísimo*, como puede verse en la siguiente letrilla del malogrado Acuña:

Juzga Ud. que es una plaga,
Que es un castigo de Dios,
Esa turba de mocosos
Sin quehacer ni ocupación,
Que á falta de otra han tomado
La carrera de escritor;
Que si hablan del Nigromante
No lo bajan de chambón,
Que á Altamirano lo acaban,
Que á Peredo le hacen *fo*,
Que á Prieto lo ponen de asco,
Que á Justo lo dejan peor,
Y que llevando hasta Europa
Su crítica erudición,
Destrozan á Víctor Hugo
Y á Dumas y á Campoamor,
Y á cuantos hablan al paso
Con su hidrofobia feroz;
Y agrega Ud. que sería
Muchisísimo mejor
Que hacerles caso ó echarles
Un indigesto sermón,
Dejarlos á que los oiga
La madre que los parió!
Pues sí, señor don Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo.

Murciégalo.

Corrupción de *murciélago.* En Europa se ha exajerado mucho el daño que causan algunas especies de esos animales nocturnos, que habitan los lugares templados de Méjico y Centro-América. Se ha dicho que el *Vampyrus spectrum* y el *Phyllostema hastatum* podían matar á un hombre, chupándole la sangre. Los murciélagos son muy provechosos á la horticultura, pues destruyen insectos dañinos. Hay veintitrés géneros y treinta y cinco especies de Queirópteros en Guatemala.

N.

Nacascolote.

Al *dividivi*, dan comunmente ese nombre, ó el de *nacascolo*. Es una leguminosa arborescente, siempre verde. Sus frutos contienen mucho mucílago y ácido tánico; es excelente sustancia para curtir cueros y para confeccionar buena tinta de escribir.

Nadie de nosotros.

Dice Bello que es muy necesario notar que debe evitarse sustituir en esa frase el sustantivo al adjetivo cognado. No debe, por ejemplo, decirse: "*Nadie* de los hombres." "*Alguien* de los soldados," sino *ninguno* y *alguno*. [Gramática, Cap. XXXVII.]

Nacimiento.

A los *retablos* de Noche Buena, les llaman por acá *nacimientos*, que es palabra muy castiza, aunque no la haya tenido por tal don José Milla, subrayándola.*

Los sajones tienen su encendido *arbolillo* de Navidad; los españoles su legendario *retablo;* nosotros tenemos por la Pascua el pintoresco *nacimiento*.

"¡Salve poético *arbolillo*, de alegres lucesitas, de vistosos juguetes y de sabrosos dulces cargado; y más que de todo eso, de amor y de alegría, de fe infantil, de puros goces y de paz de hogar!" [Pérez Bonalde.]

"¡Salve, salve, lindo *retablo*, adornado por manos amorosas, y tocado con susto de veneración y con asombro de felicidad por manecitas inocentes!" [Pérez Bonalde.]

¡Salve, por siempre salve, alegre nacimiento que dejas en el alma del niño plácidos recuerdos, y que haces lucir en la memoria del hombre la mística estrella de Belem, el astro de la fe santa, el lucero de la esperanza inmortal!

* Cuadros de Costumbres. "Nunca más Nacimiento." Pag. 13.

No se crea que apuntamos como provincial el nombre de *nacimiento*, que encontramos en algunos escritores, como Trueba y Fernán Caballero, por *belén* y por *retablo*. El insigne poeta Velarde dice:

"Levántase el Nacimiento
De tanto bullicio causa,
Sobre mesas y tarimas
Y orlado de verdes ramas."

[Pag. 157, to. 1o.]

Naide.

Este no es provincialismo nuestro. Es corrupción antigua de *nadie*, usada en los tiempos de Santa Teresa, y que aún anda en boca de nuestra gente baja.

Nagua.

No se usa según el diccionario, *nagua* ó *enagua* en el singular, por lo cual no sería lícito decir la *enagua*. Agrégase á esto, dice Cuervo, que es impropio llamar así á la *falda* ó parte del traje que va de la cintura abajo.

Es de advertirse que Calderón y Moreto usaron *nagua* y *enagua*, en singular; por lo que creemos que, por impropio que sea hoy, según el diccionario, es vicio heredado de los conquistadores.

PREFACIO
DEL DICCIONARIO DE LITTRÉ

Traducido para La Revista
Por el Lic. D. Manuel Echeverría
[*Continúa*]

Y para mencionar un ejemplo de nuestro tiempo, respecto á la diferencia de los sentidos, se creerá que una sola y misma palabra *cour*, patio de una casa, y *cour de froince*, ó *cour de fristice* ¿tiene sentidos diferentes? De ninguna manera; un estudio exacto de las significaciones, apoyado en la histórica, muestra que la *cour* fue desde luego una habitación rural, y de ahí el sentido de patio de una casa;

después la habitación rural de un gran señor francés, y de ahí la significación de residencia de los príncipes ó los jueces.

II. La forma es no menos necesaria que el sentido. Las palabras que no tienen aun forma sea actualmente, ó en su origen, no tienen nada de común y pertenecen á radicales diferentes; pero la identidad de forma no implica siempre la identidad radical; lo prueban los dos *couer* hace poco citados. Las letras que componen una palabra son sus elementos constitutivos; no pueden perderse ni transformarse, y si se pierden, la etimología debe dar cuenta de eso. Compararé las metamorfosis literales en la traslación de una á otra lengua á las anatómicas que el tránsito de un orden de animales á otro da á estudiar qué son los huesos de que está formado el brazo del hombre, cuando ese brazo se cambia en pata delantera de un mamífero, en ala de un pájaro, en aleta de una ballena, en miembro rudimentario de un ofidiano? Igualmente, ¿qué son las letras de una palabra latina ó alemana cuando se cambia en francesa? Tanto para el etimologista como para el anatómico, hay un esqueleto que no desaparece, sino que se modifica.

Es preciso llevar mas lejos la comparación entre la anatomía y la etimología. La anatomía tiene sus monstruosidades donde las partes esenciales son desfiguradas ó destruidas; la etimología tiene las suyas, es decir faltas de toda neturaleza sobre la significación, la contextura ó la ortografía de la palabra. Esas infracciones, no tienen por ambos lados, nada que anule las reglas; son accidentes que en parte tienen reglas secundarias, en parte constituyen casos particulares, explicados ó inexplicados. Las reglas generales y positivas son las que permiten decir que hay falta donde no pueden conocerse las circunstancias ó las condiciones de la falta, y de dividir todo el dominio en parte regular y correcta y en parte alterada y mutilada por los inevitables errores del tiempo y de los hombres.

Entre las letras, las consonantes son mas persistentes que las vocales; y entre las vocales, las largas más que las breves. Ved *peindre* del latín *pingere*, y *plaindre* de *plangere;* la *e* breve desapareciendo, resulta *peingre* y *plangre*. Pero, en el momento de la transformación, el oído, al menos el francés, apenas puede soportar entre la nasal *n* y la líquida *r*, la dental *d;* y así se formaron *peindre* y *plaindre;* el hábito fue volver *ei* ó *ai*, las combinaciones latinas *en*, *in*, *em*, *im*. *Louange* es un poco más complicada: es el verbo *louer*, con un sufijo *ange*, ó más bien *enge* (porque tal es la ortografía antigua): ahora *vendange*, de *vindemia*, nos muestra que ese sufijo representa *emia;* eso nos conduce á bajo latín *landemia*, que en efecto existe; de suerte que *louange* es formado en el mismo modelo que *vendange*. Por la forma como por el sentido, debe cuidarse de las transformaciones; llevan algunas veces muy lejos una palabra, que se desconocería si no tiene las gradaciones que han cambiado su figura. A primera vista no se sabrá, por ejemplo, lo que puede ser nuestro adverbio *jusque*; y si se examina, se entreverá sin duda que tiene del latín *usque*, pero sin poder hacer esa demostración. Tiene en efecto; la forma primitiva es *dusque*; que viene de *usque*, especie de adverbio compuesto como lo es la proposición *dans* (*de intus;*) *de* ó *di* latín se cambia frecuentemente, por exigirlo el oído francés en *j* ó *g* silbante. *Jour* puede servir también para medir el espacio recorrido, sin desnaturalizarse, por una palabra que se transforme; en la antigua lengua es *jorn*, en italiano *giorno*, ambas del latín *diurnus*, que viene de *díes;* aunque ciertamente, *díes* y *jour* no teniendo letra alguna común, se ligan la una á la otra, por haberla tenido.

TIPOGRAFIA * * * *

ENCUADERNACION

EL MODELO

MANUFACTURA DE

LIBROS EN BLANCO

10a Calle Poniente No. 29 (Calle del Hospital).

GUATEMALA C. A.

Especialidades de

Estereotipia y gran variedad de grabados,
Libros en blanco y papel rayado

Memorias, cuadros y trabajos estadísticos
Obras de texto, matemáticas y folletos
Diseños, etiquetas, tarjetas é invitaciones
Encuadernaciones de lujo y á la rústica
Libranzas, giros y libros talonarios
Ordenes con prontitud y esmero

Tarjetas de año nuevo y visita
Impresiones y encuadernación
Pieles, pergaminos y papelería
Obras artísticas y ordinarias
Geografías, gramáticas y libros de lectura
Recibos, recetarios, memorandums
Aritméticas, álgebras, geometrías
Facturas, encabezamientos, sobres
Indices, diarios y libros mayores
A vapor se hace todo trabajo en la

Calle del Hospital No. 29

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO!

LAS BATERIAS MAGNETICO-GALVANICAS

DE RICHARDSON

EL TRIUNFO

mas completo de la medicina y de la ciencia en el siglo XIX.

LA SANGRE ES LA VIDA.

El dibujo representa el tamaño exacto de la Batería.

Al ínfimo precio de $ 2 cada una!

Casi todas las enfermedades, se curan radicalmente por

LA BATERIA

de RICHARDSON.

Como los relámpagos purifican el aire así purifica á la sangre la electricidad.

En el momento en que la BATERIA DE RICHARDSON toca el cuerpo, centenares de nervios y músculos pequeños responden á su acción. Alivia los dolores, fortalece las partes débiles y enfermas, y extirpa todo el veneno de la sangre.

¡¡ SE ACABARON LOS FRIOS E INTERMITENTES !!

Estimula los órganos vitales obligando al hígado á secretar bílis más sana y por consiguiente resulta una digestión más perfecta, evitándose el dañamiento de la sangre.—UNA VEZ PURA LA SANGRE, DESAPARECEN LAS ENFERMEDADES. SANO EL HIGADO SERÁ PURA LA SANGRE Y LA SANGRE PURA CURARÁ TODAS LAS ENFERMEDADES CURABLES.

De venta en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

Para pedidos por mayor pueden dirigirse á

RICHARDSON Y Cía.,

10a. Calle Poniente número 31.—GUATEMALA.

DROGUERIA Y FARMACIA

DE

R. AVILA E.

Especialidad en el Despacho de Recetas,

PARA LAS QUE EMPLEA

Escrupuloso Esmero y Sustancias previamente Analizadas.

Ha merecido siempre los mas honrosos informes de la Facultad de Medicina y las recomendaciones desinteresadas de los mejores Médicos.

SIN IGUAL EN BARATURA.

GUATEMALA.

EMPORIO DE LUZ.

Este es el sólo establecimiento de su clase en Centro-América donde las personas de gusto pueden pasar agradablemente algunos momentos contemplando las maravillas y curiosidades de la

GALERIA DE BELLAS ARTES

provista de un surtido variado y finísimo de Candelabros, Estátuas, Pinturas al Oleo, Acuarelas, Relojes de todas clases, etc., etc.

La persona que deseé hacer regalos encontrará en nuestra

Galería de Bellas Artes

ELEGANCIA, NOVEDAD, Y BARATURA SIN IGUAL.

WALTER C. LAMBERT.